

LA ESCENA

REVISTA ILUSTRADA DE TEATROS Y LITERATURA

EDITOR PROPIETARIO:
NICOLÁS GONZALEZ

PRECIOS DE SUSCRICION
En toda España, trimestre, 1,50 pesetas.—Extranjero y Ultramar, 2 pesetas.
Los pedidos de suscripciones se dirigirán á su Editor, no sirviéndose los que no envíen su importe adelantado.

PUNTOS DE SUSCRICION
EN MADRID.—En la Redaccion y Administracion, calle de Silva, num. 12, imprenta y litografía.—EN PROVINCIAS. En las librerías y casas de nuestros Corresponsales.
NÚMERO SUELTO, 10 CENTIMOS.

DIRECTOR:
ANTONIO R. GARCIA-VAO

MARÍA ÁLVAREZ TUBAU DE PALENCIA

Creo que injustamente profeso una antipatía grandísima á cuantos trabajos biográficos se publican llenos de fechas, cuajados de datos y bien nutridos de noticias, unas de ellas interesantes, las más baladíes y fuera de toda oportunidad.

Y tengo también, quizás por mi carácter y por mi profesión, poco fondo para juzgar de cuestiones artísticas, cosa que bien claramente pregonaba mi escasa autoridad, para verter ideas acerca del mérito—ya sancionado suficientemente—de la gran actriz cuyo retrato honra hoy la plana primera de LA ESCENA.

Pero con mi poca pericia y con mi horror á las biografías, acometo lleno de placer la tarea de presentar en estas columnas á la Sra. Alvarez Tubau, porque—lo diré francamente—me muero yo por escribir acerca de asuntos artísticos y también por aplaudir y ensalzar á los artistas de mérito indiscutible, que sostienen en nuestra escena el pabellón de la comedia española, asaz combatido por huracanes de extranjerismo y por no menos perjudiciales vientos de extravío, que amenazan al parecer con derribar de su pedestal á la diosa clásica de nuestra patria escena, hermosa siempre, siempre sublime y en todos tiempos admirada.

Hay—y esto bien pudiera ser aprensión mía—caras que llevan impreso sobre sí el sello del artista. A estas caras pertenece la de la Sra. Tubau. Su belleza no es la común ni la general, sino que parece exclusivamente dedicada á representar los dulces sentimientos que sin desgarrar el alma, la llenan y transportan á las puras regiones de los deliquios más suaves. La mirada de un artista escénico dice en ocasiones más que una gran frase de un autor dramático. Por eso muchas veces al escuchar palabras de ternura á la Sra. Tubau, más que aquellos acentos dulces por el poeta dictados, más que el modo sentido de expresarlos, nos emocionaba el gesto de la actriz, natural, adecuado y en consonancia perfecta con lo que sus labios pronunciaban.

Por eso creemos que es irremplazable para representar determinadas obras la Sra. Tubau. Aquella *Criolla* que nació de ingenio tan privilegiado como el de García Gutiérrez, hubiera perdido en encanto al encarnarse en otra actriz que no hubiera sido ella. Su voz dulce y melosa, llena de cadencias un sí es no es melancóli-



MARÍA ÁLVAREZ TUBAU DE PALENCIA

cas, es la voz del cariño, no rudo y apasionado, sino inocente, puro, ganoso de obtener por sus méritos á cada paso un mimo, en cada instante una caricia.

La esposa amante, la novia casi niña, la hija mimada, son figuras que siempre encuentran perfecta interpretación en la digna compañera del insigne Palencia.

Hay otra nota característica en la manera de declamar que tiene la Sra. Tubau. El desden que emplea cuando así lo requiere la situación, no es ese desden frío, indiferente de la cortesana, sino el desden del alma herida y ultrajada; por eso al representar *Demi-monde*, y en el primer acto especialmente, no dió al tipo que interpretaba todo el cinismo que el tipo requería.

Cuando expresa el dolor no es la gran trágica cuya voz llega á lo último del espíritu como para complacerse en desgarrarle, sino la mujer de carne y hueso, como mujer débil, que se rinde ante el dolor y da rienda suelta al llanto como buscando en las lágrimas consuelo para sus atormentadoras penas. El dolor de las mu-

jeres del teatro es á veces demasiado varonil; por eso á mí en ciertas ocasiones me han parecido las grandes trágicas italianas hombres que representaban papeles de dama. Sigo creyendo que hasta esto de dar sexo al dolor, bien puede ser una infundada apreciación mía.

Al recitar la Alvarez Tubau peca de exceso de naturalidad. No da todo el necesario colorido á la rima; leve falta esta que nos hace desear siempre que la Sra. Tubau declame obras en prosa con preferencia á las escritas en verso.

Su acción sóbria, elegante y naturalísima es de las más apreciables. Se mueve en escena con admirable soltura y no tiene amaneramientos de ningún género, circunstancia tanto más digna de apreciar, cuanto que, de las grandes actrices que este pobre licenciado ha podido ver, apenas si hay dos que se encuentren exentas de algo de amaneramiento.

Cultiva esta artista la comedia genuinamente española, y en ella tiene uno de los primeros puestos. Para el drama no la creemos con tan buenas condiciones. La *Inocencia* del Don Tomás es muy superior á la protagonista de *El grano de arena* por lo que á la interpretación se refiere.

Sus cualidades físicas contribuyen á realzar más su mérito artístico; como al comenzar este articulejo decíamos, tiene con-

diciones personales en lo físico de gran artista; que entra por mucho también la presencia para cautivar el ánimo del concurso.

Lleva algún tiempo de declamar ante nuestro público, que no se resignaría de buen grado á perderla. Tiene, por último, condiciones de actriz cómica, si no en tan alto grado como su compañera Dolores Fernandez, por lo menos las suficientes para representar á maravilla la *Virginia de Servir para algo* y otras que no recuerdo.

Un detalle. Esta actriz, la primera para representar las protagonistas de las *altas comedias*, está casada con Ceferino Palencia, el primer escritor dramático que con sus comedias nos recuerda que Breton nació en España.

Estas son mal expuestas y peor combinadas las condiciones de María Alvarez Tubau, cuyo mérito no ensalzo porque está por todos reconocido. Ni biografía es esto, ni semblanza ni nada. Esbozo de un retrato. Impresiones de un aficionado. Ideas de un lego en materias artísticas. Pero como yo pienso que eso de la críti-

ca no debe ser un oficio, sino que todos debemos emitir nuestra opinion, de aquí que á ruegos de mi buen amigo el licenciado A., y con ocasion para mí tan honrosa como esta de hablar de la esposa de Palencia, haya echado mi cuarto á espaldas para ocuparme en analizar el mérito de una artista á la que nunca trató personalmente, pero á la que en infinitas ocasiones ha admirado

EL LICENCIADO FRANQUEZA.

RAFAEL CALVO Y ECHEGARAY

A continuacion tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores parte de una semblanza del eminente actor, debida á la pluma del ilustre autor de *O locura ó santidad*:

«El Sr. Calvo ha realizado, no una vez sino muchas veces, la empresa más difícil, no sólo del arte dramático sino del arte en general: crear un tipo, hacer que encarne en la afición la realidad, despojarse de su propio ser para vestir carne humana de otro ser imaginario, que el autor vió en las regiones de su fantasía; y sirvan como prueba de mi aserto esta serie de caracteres tan distintos y más que distintos tan opuestos entre sí que ha sabido engendrar: el Segismundo de *La vida es sueño*, el don Alvaro de *La fuerza del sino*, el Yorik de *El drama nuevo*, el D. Lorenzo de *O locura ó santidad*, el Haroldo de *Mi propio drama*, y más recientemente el *Sullivan*, en que tuvo que luchar con el recuerdo de Romea, que cifraba en este personaje uno de sus mayores triunfos.

¿Qué pasiones tan diversas! ¿Qué individualidades tan múltiples!

¿En qué se parece el sublime soñador del rey de nuestra escena al romántico indiano de *La fuerza del sino*?

¿Qué puntos de contacto hay entre el celoso y apasionado anciano de Estebanez y el filósofo que llega á las fronteras de la locura empujado por la idea del deber?

¿Qué semejanza puede hallarse entre la embriaguez fingida del gran actor británico y los bárbaros arranques del Normando?

Pues Calvo lo es todo: y con la misma verdad artística, con la misma alta inspiración y con igual conciencia dramática finge sueños filosóficos en la caverna de Segismundo, que llora y ruje en la celda de D. Alvaro, que oprime contra su pecho á la infiel esposa, que delira con el ideal entre los repugnantes brazos de los loqueros, que vierte Champagne en generosa y falsa borrachera, que en sublime y salvaje ambición aspira á competir con el Dios único de Aurelia.

Pero Calvo no es sólo un actor de talento y de estudio, que lleve al arte como precioso contingente su gran instrucción artística, literaria y social, y que procure penetrar los problemas, las épocas y los caracteres para fundirlos al fuego de sus grandes facultades en los eternos moldes de la belleza.

No: Calvo es además actor de altísima inspiración, y probar esto con ejemplos valdría tanto como hacer la lista completa de su espléndido repertorio dramático.

Valga por todos un ejemplo: el *Mar sin orillas*, y valga este recuerdo de una de las más apasionadas luchas que he presenciado en el teatro.

Ensayábase este drama mío en el teatro Español: presenciaba yo el ensayo, frío, impasible, sin peligrosos apasionamientos de autor, aunque sin rencorosas predisposiciones de crítico: esto último por de contado. Acabó el ensayo, y acercándose á Calvo le dije estas palabras, que quizá recordará todavía, porque fueron punto ménos que proféticas:

«No se forje V. ilusiones: este drama corre gran peligro. El primer acto indignará al público y tendremos estrepitosas protestas: el segundo no sé por qué, pero no resulta: sin embargo, por bien empleado lo doy todo, porque sé lo que en el tercer acto nos prepara V.»

Y llegó la noche del estreno y resultó profeta, aunque la realidad empujé á la profecía.

La indignación, las protestas, la lucha del primer acto fueron tales, que hubo momentos en que yo imaginé que el drama concluía en aquel mismo punto y hora, y que yo tenía que huir del furor de la masa popular, para que no terminasen las tragedias ajenas por mi musa imaginadas, en lamentable tragedia propia desplomada sobre mi pecadora persona de autor dramático.

Vino el acto segundo y siguieron las protestas, la indignación y el enojo; y de tal manera y en tal disposición vi yo á mi querido público, que hube de poner fé de erratas á mi profecía, y acercándome á Calvo, le dije: «No se apure V., pero esto es cosa perdida: descarriló el tren y no hay manera de encarrilarlo: muchas esperanzas tenía yo en el tercer acto; pero por mucho que V. se esfuerce, ya no hay salvación: lo imposible nadie lo realiza: ni V.»

Así lo creía todo el mundo, y así debía creerlo el mismo Calvo.

El estudio, el talento, la verdad artística no bastaban; pero el gran actor para estos momentos dis-

pone de otra arma invencible: su poderosa inspiración.

Empezó el monólogo y yo no sé cómo se operó el milagro; pero los aplausos comenzaron unánimes, entusiastas, estrepitosos; y en la escena de *la madre y el hijo* la derrota fué triunfo, el monstruo estaba vencido. Calvo con prodigiosos arranques de pasión, con acentos admirables, con uno de esos esfuerzos de genio que sólo al genio son dados, había sacado del abismo al malaventurado drama, elevándolo á la cúspide del éxito: lo que imaginé imposible, era realidad.

Todo un drama entregado al furor del público: dos escenas no más á la inspiración de Calvo, y habíamos vencido.

Pero Calvo no sólo es actor de talento y de inspiración; que así como el arte es maravilloso cristal de múltiples facetas y en todas ellas reverbera la luz y se pinta el iris, así sus facultades desarrolladas por el estudio y la constancia presentan múltiples aspectos.

Actor romántico en el *Don Alvaro*, actor clásico en el *Sullivan*, de observación y de estudio en el *Haroldo*, de soberbios arranques *En el seno de la muerte*, es actor sin rival en el teatro de Calderón, de Lope, de Alarcón y de todos los grandes dramáticos del siglo de oro de nuestra literatura.

¿Qué modo de decir aquellos maravillosos parlamentos! ¡cómo al pasar por sus labios los conceptos más oscuros se hacen luminosos! ¡cómo se desatan en interminable cinta de luces y colores las prodigiosas tiradas de versos, cuajados de imágenes! ¡qué *Vida es sueño*, qué *Castigo sin venganza*, qué *Mágico prodigioso*, qué *Hija del aire*, qué *Desden con el desden*, qué resurrección de la oriental poesía de nuestra patria, poesía que no existe en ningún teatro del mundo, y que constituye el encanto de todo español, la admiración de todo extranjero y la mejor gloria de nuestra historia artística!

Y además el Sr. Calvo no sólo representa como gran actor, sino que sabe leer como lector incomparable: que recite, por ejemplo, las soberbias creaciones de Nuñez de Arce, y si hay palmas que no batan el aire, es que no hay ya corazones que sepan latir en estas razas latinas del sentimiento: díganlo, por ejemplo, *El vortigo* y la *Última lamentación de Byron*.

Su especialidad es el drama, la tragedia, el idealismo dramático, el romanticismo; pero Rafael Calvo es actor cómico de grandes condiciones, que ya La Torre decía: «que quien sabe hacer llorar, sabe hacer reír.»

En el número pasado ofrecimos á nuestros lectores el retrato y semblanza del célebre poeta Manuel del Palacio, andaluz por su vigorosa fantasía, granadino por lo chispeante de su ingenio, si bien catalán por su nacimiento; y hoy copiamos uno de sus mejores sonetos humorísticos:

POESÍA Y PROSA

¿La veis? Blanca es su tez, como la nieve,
negros sus ojos, sus mejillas rosa;
como la palma del desierto airosa
se columpia al andar su talle breve.

Siempre que hacia el jardín su planta mueve
en ella va á libar la mariposa,
pues niña tan gentil y tan hermosa
no ha existido jamás, ni existir debe.

Pródiga en ella, unió naturaleza
los cien tesoros que guardaba en vano,
ingenio, juventud, gracia, riqueza.

¿La veis? Pues maldecid al hado insano:
que esa mujer, portento de belleza,
se suena las narices con la mano.

MANUEL DEL PALACIO.

UNA HISTORIA VULGAR

(Conclusion.)

Era una tarde fría y triste de Noviembre. El sol se hundía tras aquellas colinas, dando á las nubes un tinte cárdeno y violado. Los tiernos pajarillos cruzaban el espacio sin rumbo fijo, lanzando al aire sus lastimeros quejidos. Las hojas eran arrancadas de los árboles por el impetuoso huracán.

Por uno de los recodos del camino apareció un hombre con el rostro cadavérico. No podía asegurarse si era joven ó viejo; sólo se veía por su macilento rostro que había pasado una enfermedad bastante aguda: sus andrajosas vestiduras apenas si podían cubrir su desnudez; sus crispadas manos sujetaban un baston de camino, en el cual descansaba su encorvado cuerpo.

Al llegar á la cruz se detuvo y lanzó una mirada en torno suyo, como si quisiera reconocer el sitio en que se encontraba; parecía que aquellos lugares encerraban gratos recuerdos para él. Llevaba largo rato inmóvil y sin que nadie le interrumpiera en sus meditaciones, cuando llegó hasta él el sonido de la campana del cementerio. Se estremeció violentamente, llevó la mano á su corazón, y una gruesa lágrima rodó por los profundos surcos que cruzaban su rostro.

—¡Pobre María! exclamó. ¿Qué habrá sido de ella después de tantos años? ¿si habrá muerto? y al decir esto una rápida convulsión agitó su cuerpo y se descompuso su semblante. Por el lado opuesto al camino que él llevaba, y en dirección al cementerio,

acababa de ver á cuatro hombres que conducían un ataúd sobre sus hombros, sin más acompañamiento que un sacerdote.

El infeliz Lorenzo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer; le zumbaban los oídos, y parecía que todo daba vueltas en torno suyo; un presentimiento horrible le oprimía el corazón y agitaba todo su espíritu. Al llegar el fúnebre cortejo donde él estaba, se descubrió respetuosamente y preguntó á uno de los que le conducían.

—Decidme, buen hombre, ¿quién es la persona que ahí lleváis?

—Es una jóven que murió hace dos días, y como no se ha presentado nadie de la familia, se ha procedido á darle cristiana sepultura.

—¿Y cómo se llamaba?

—Lo ignoro.

—¿No sabéis nada de ella?

—Solo sé que ha muerto de pesar.

—¿Podría verla?

—Es bien sencillo, interrumpió el sacerdote, en cuanto se le recen las oraciones que se acostumbra, antes de que lo cubra la tierra, vereis satisfecha vuestra curiosidad.

El desdichado Lorenzo oprimía con ambas manos su pecho, como si quisiera contener los latidos de su corazón: parecía que delante de él se levantaban horribles espectros impidiéndole el paso; una nube de sangre velaba sus ojos, sin permitirle ver los objetos: en su calenturienta imaginación se revolvían sin cesar y en confuso tropel las ideas más aterradoras. Cuando pudo darse cuenta de sí mismo, se encontró al lado del sacerdote que rezaba una oración sobre aquel misterioso féretro.

—Decidme, ¿podré verla pronto? preguntó con acento doloroso.

—En seguida, contestó uno de los acompañantes, y al decir esto introdujo la llave en la cerradura del ataúd, y abrió.

Tendido sobre aquel lecho de muerte y con una sonrisa de ángel, se veía el cadáver de la infeliz María. Lorenzo quedó como petrificado; no tuvo fuerzas ni aún para hablar; sus ojos se abrieron desmesuradamente como si quisieran saltar de sus órbitas; su cuerpo se agitó con rudo estremecimiento, y cayó desplomado sobre aquel cuerpo frío é inmóvil.

Al día siguiente dos cuerpos ocupaban una misma fosa, el de María y el de Lorenzo.

—He concluido mi relato, y ya está satisfecha vuestra curiosidad, exclamó mi compañero.

—En verdad que es bien triste esta historia, y os aseguro que he quedado vivamente impresionado.

—Teneis razon; es bien triste, pero no pasa de ser *una historia vulgar*.

F. GONZALEZ MORALES.

LA CONFESION DEL CASADO

Quiso por fin fijarse el buen Vicente, mancebo algo corrido; mas como quiere ser un buen marido, amante y complaciente, buscó para casarse una inocente. Y en cierto lugarejo de Castilla conoció á Juana, bella muchacha, que aunque pobre es muy doncella, según dicen las gentes de la villa, y asegúralo más la madre de ella. Celebróse la boda como digo, y el pobre enamorado, alegre y confiado, á su casa llevóse aquel tesoro, que vale más que el oro, y aún presumió que más que lo criado. Pero quiso la estrella del marido jugarle una trastada, y como el la juzgaba recatada, y sin saber del mal ni la apariencia, pensó divertirse con su inocencia. Y así al siguiente día de haberse unido con eternos lazos, la dijo entre caricias y entre abrazos: «Perdona, esposa mía, mas confieso que falta un requisito. Y aunque no necesito más claro testimonio de tu honradez sin tasa, que el haberte pedido en matrimonio para hacerte la reina de mi casa, es bueno que observemos la costumbre que se halla establecida, y antes de comenzar la nueva vida uno á otro las faltas confesemos.» Quedóse la mujer algo parada con esa confesion estravagante, mas juzgando sería uso constante prestóse muy turbada á cumplir la costumbre sancionada. Y aún la Juana cobró más osadía cuando escuchó á Vicente que al año justamente él también sus faltillas la diría. Empezó, pues, la esposa, como era muy del caso, ruborosa contándole al marido libertades que allá en sus mocedades había permitido á ciertos primos que por serlo tratábanla con mimos. Porque á un primo, como ella confesaba, se pueden consentir varios excesos, así... como... unos besos

v... otras cosas... que el trato autorizaba.
Y á algunos no parientes,
mas un poco atrevidos,
tambien les prestó oídos
y ellos... no pecaron de prudentes.
En fin, contólo todo,
y aunque tarde el marido,
se quedó persuadido
de que al tratar á Juana de tal modo
merecia un pesebre,
pues le daban allí gato por liebre.
Y como es la venganza en estos casos
tan dulce y tan sabrosa,
discurrió por cobrarse sus fracasos
vengarse de la madre y de la esposa.
Callóse el buen Vicente,
y al terminar el año
en que él recibiera tal engaño
dispuso un corto viaje prontamente.
A la casa llegó que era de Juana,
fingiendo harto contento,
y dejando á las dos en su aposento,
en la sala cercana,
con el padre quedó de su tormento.
Después de mil preguntas cariñosas
en son de tierna queja,
habló Juana á su madre de las cosas
que habia confesado á su pareja.
Y dolióse á su gusto
de que ella, pues el caso ya sabia,
no se lo hubiese dicho el primer día
y la hiciese sufrir aquel disgusto.
Cayóse ensimismada
la madre al escuchar el raro caso,
y dijo consternada
al oír á la hija el triste caso:
«No fué mala patraña
la que te hizo creer tu buen marido;
¡qué hubiera de mí sido
¡cierta tu papá con esa hazaña!
Yo que antes de casarme
no recuerdo las veces y ocasiones
en que supe aún sin culpa desahogar.»
Todo esto lo escuchaban
el padre y el esposo
que en la sala contigua descansaban.
No se sabe lo que hubo tras aquello;
mas desde entonces en la oscura aldea
no se casa doncella ni doncello
sin que antes no se vea
bien claro su pasado
y al consorte confiese su pecado.

M. REINANTE HIDALGO.

SEMANA TEATRAL

TEATRO REAL. Después de la *Gemma*,—funcion desastrosa,—nos puso *Semiramis*—la empresa en buen hora;—en ella lucieron—sus dotes famosas—la Theodorini,—que es gran prima donna;—la Orsini-Mazzoli,—que da hermosas notas,—y hasta las coristas—y la orquesta toda,—se elevó á una altura—como veces pocas;—esto, lector, prueba—bien claro una cosa,—y es que casi siempre—todas las derrotas—que en el Real se sufren—son de la empresa obra;—pues falta de tacto—y de lucro ansiosa—hace los repartos—como la acomoda,—sin tener en cuenta—para hacer las obras—la aptitud y dotes—que tienen las donas.—Y en prueba de que esto—se prueba de sobra,—sabrás, lector caro,—que á las noches pocas—la citada empresa—volvió á sus derrotas,—y puso la *Gemma*—con audacia loca;—y no escarmentada—con la triste historia—de la vez primera,—reincidió orgullosa,—y sufrió un fracaso—de los que la adornan—en su larga vida—de infeliz memoria.—Si como en el código—las penas se doblan—para el que reincide—en las faltas todas,—tuviera el teatro—silbas horrorosas—para las empresas—que en lo malo ahondan,—de fijo que entonces—no habria estas cosas,—ni se consintieran—lances de tal nota.—En fin, por mi parte,—que siga en buen hora—la empresa Rovira—su vida azarosa;—allá se las haya—con todas sus glorias,—y silbas, fracasos—y demás coronas;—nosotros tan solo—por misericordia—podemos decirle—para que lo oiga:—Empresa Rovira,—tu vida es muy corta—si sigues la senda—que sigues ahora.

TEATRO DE APOLO. Pasó aquella funcion, gloria de Arrieta,—en que el público todo entusiasmado—quiso ver al autor de gloria ornado—como un día lo fuera el gran poeta.—Pasó al fin, que en la vida todo pasa,—y hasta el aplauso con el tiempo cesa;—hoy Apolo nos da *La Marsellesa*,—cantada por artistas de su

casa.—Y al fin si las noticias no son bola,—tendremos en la próxima semana—*El capitán Centellas*, que es hermana—de *Tierra y de Guzman*, y obra española.—Bien hayan los autores, que enaltecen—la escena nacional con sus primores,—aún el arte tendrá tiempos mejores—si cumplen como buenos lo que ofrecen.

TEATRO DE LA ZARZUELA. Los caídos merecen—santo respeto,—por eso de los robles hablar no quiero.—Bien desgraciado—se vió el autor de la obra—con el fracaso.—Herida la comedia—la misma noche—en que nació á la vida—llena de horrores,—la compañía—al repertorio antiguo—volvió la vista.—Y bordando los dramas—más aplaudidos—con primores escénicos—muy poco vistos;—logra con arte—que el público el teatro—no desampare. Después del pobre *roble*—la *pasionaria*—á pasos de gigante—al fin avanza;—allá veremos—si la espera un destino—más lisonjero.

TEATRO ESPAÑOL. *La cola del gato*—gustó al auditorio,—me alegro por Pina—que hará buen agosto.—Las Pascuas se acercan,—y dentro de poco—las gentes ansiosas—llenaránlo todo;—y palcos, entradas,—butacas de fondo,—plateas y asientos,—aún los más recónditos,—se verán cubiertos—de pueblo gozoso,—que irá de la magia—á ver los embrollos.—Que siga la danza—y bailes y coros,—y en tanto que el drama—se muera rabioso.

TEATRO DE LA COMEDIA. *El nuevo sí de las niñas*—con desgracia se estrenó:—la Academia está de luto—y de pésame el autor.—El público, muy prudente,—los tres actos escuchó:—La Tubau hizo primores—en tan desigual funcion;—Mario y Rosell trabajando—con verdad y con amor;—los demás actores, bien,—sin hacerles gran favor.—Si el autor dijo que *si*,—el monstruo dijo que *no*.

CIRCO DE PRICE. *Fatinitza* gusta poco,—á pesar de los cadetes;—pues, señores, no lo entiendo,—aunque me oponga á la gente.—El libreto es baladí,—buen argumento no tiene;—pero la música vale,—y mil aplausos merece.—Tampoco aquella *Mascota*,—que tan gran estruendo mete,—se recomienda en el libro—y de argumento carece.—Y sin embargo, se ha puesto—días, semanas y meses,—acudiendo cada noche—más gente á tomar billetes.—Respeto merece el público,—que es quien paga y se divierte;—pero el deber nos obliga—á decir lo que se siente.—La opereta de Suppé—es de lo mejor que tiene,—y no habrá quien en conciencia—mérito y valor la niegue.

TEATRO DE NOVEDADES. La Cirera y Mejejo—son dos figuras—que cuanto más trabajan—mucho más gustan.—Y por eso la gente, va á Novedades—á aplaudirlos á ambos—por lo que hacen;—buena bicoca—há encontrado la empresa—con la tal obra.—Poco á poco en España—va aclimatando—el género realista,—aunque es extraño.—Quizá andando el tiempo,—según las cosas,—la comedia en España—será á lo Zola.—¡Viva el jaleo!—y ¡viva lo que viene—del Pirineo!

TEATRO DE VARIEDADES. *De la noche á la mañana*—produce á esta buena empresa—cuartos, que es lo que interesa,—y hace trabajar con gana.—Yo no sé cómo lo harán,—pero han hallado el secreto—de tener siempre un completo—cada año de los que van.—Buena fortuna, señores,—y no olvidéis el consejo;—dad mucho, aunque sea viejo,—y tendreis espectadores.

TEATRO LARA. La gente que acude aquí—no puede estar descontenta,—porque según nuestra cuenta—á todo dice que *si*.—Y así se estrenan funciones—sin poner tasa y medida,—y todas, de larga vida,—dan á la empresa doblones.—La comedia más reciente,—y que ha acertado en el blanco,—es de Mariano Ba-

rranco,—autor que sabe y que siente.—Una sola cosa hay—en el juguetito, y es—que tiene el nombre en francés,—y eso tiende al guirigay.—Nuestro idioma es abundante,—y tan rico en el decir,—que creo no hay que acudir—á título extravagante.—Así, no olvide el aviso,—para mejor ocasion,—lo da con el corazón—su afectuoso don Preciso.

TEATRO ESLAVA. *De Cádiz al Puerto*—un salto pegué—tan solo por verla—con música y... pues.—Páreceme justo—que autores de prez—inquieran los medios—de ganar parné.—Mas hay una duda—que me da que hacer,—y pienso expresarla—al público fiel.—Si la tal obrita—se prestaba bien,—á ponerla música,—decidme; ¿por qué—no lo hizo en su estreno—y esperó á despues—el autor querido—que trabaja á fé?—No encontró maestro,—ó es que quizá fué—para que la gente—la volviera á ver,—rezada y cantada—y más de una vez?—Si tal ha pensado,—perdon Dios le dé,—porque, francamente,—se ha engañado bien;—ningun atractivo—ya puede tener—el juguete visto—casi, casi, ayer.

TEATRO MARTIN. ¡Qué tempestad nos amaga!—¡qué teatro, Dios del cielo!—si el buen gusto en él se apaga—y este teatro es de hielo.—¡Cómo en Martin se concibe—el silencio y soledad,—aquí es donde se recibe—cualquiera calamidad.—No hay en Martin un acento—que responda á noble idea;—sus obras son humo y viento—y sus revistas jalea;—lo mismo el buen gusto hiende—con el juguete feroz—que el arte y la moral tiende—con inconsecuencia atroz.—Señor, que de las alturas—de tu omnipotencia ves—las fantásticas hechuras—que se escriben con los piés.—Deten, Dios bueno, tus iras—y templa el santo rigor,—si justa saña respiras—al mirar tan grande horror—considera bien, Dios mio,—que es más bello el perdonar—y que al fin un desvario—se puede con fé borrar.

TEATRO DE MADRID. Te he querido y no te quiero,—porque te hiciste pintor,—valientes cuadros serán—los que hay en tu exposicion.—Ayer te fuiste de viaje—y volviste de mañana;—si en Galicia te estuvieses—nadie de ménos te echára.

DON PRECISO Y COMPAÑIA.

SAINETES

Murmuradores de oficio, difamadores de reputaciones que nunca podreis alcanzar, gusanillos de la honra, enemigos de la amistad, leed y releed lo que sigue, escrito por aquel inmortal *Ruiz Alarcón*, sobre quien la calumnia derramó su asquerosa baba:

En Madrid estuve yo
en corro de tal tijera
que la pegaba cualquiera
al padre que lo engendró.
Y si alguno se partía
del corro, los que quedaban
mucho peor dél hablaban
que él de otros hablado habia.
Yo que conocí sus modos
á sus lenguas tuve miedo,
y ¿qué hago? estóime quedo
hasta que se fueron todos.
Pero no me valió el arte,
que ausentándose de allí,
para murmurar de mí
formaron un corro aparte.
Si el maldiciente mirára
este solo inconveniente,
hallárase un maldiciente
por un ojo de la cara.

Curiosidad infantil.

—Mamá, preguntaba un niño que presenciaba la interpretacion de la revista *De la noche á la mañana*. ¿cómo es que estas vizcainas del cuadro tercero son las mismas que las chulas del primero?

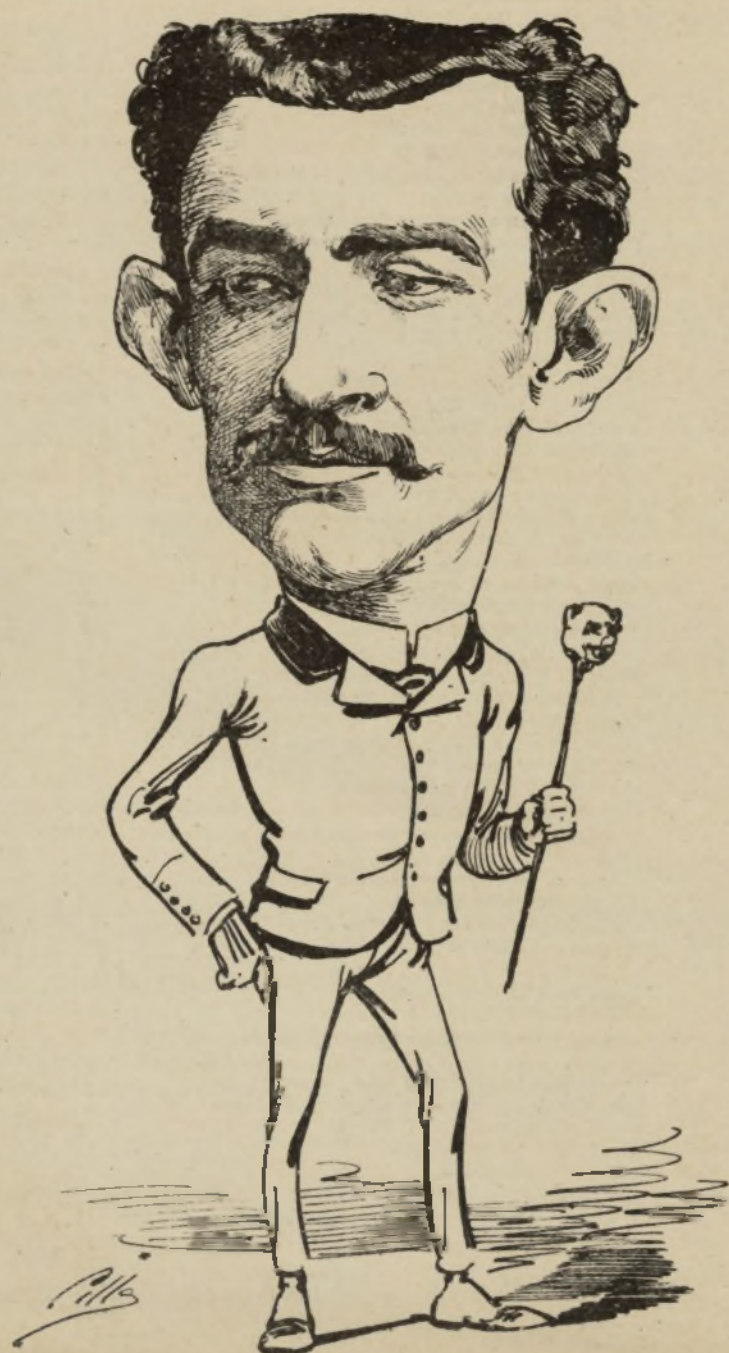
—Te diré, es que se han venido tambien á vernear: eso sucede en todos los teatros.

Don Ricardito, autor de un drama tremebundo, y



CONCEPCION BAEZA.

Ayer como hoy, y hoy como mañana,
Baeza lucirá cuando haga *Adriana*.



RUIZ ARANA.

Es actor estudioso, y de los finos,
sin igual para hacer *sietemesinos*.

por el cual había recibido muchos elogios de la familia, fué á casa de un célebre poeta á preguntarle cuántos ejemplares podría tirar.

—Muchos, muchos, contestó el afamado escritor, y si no fueran suficientes, *tire V. hasta el original*.

Cierta señora reñía con frecuencia á su criada, porque nunca acertaba á dar á los que visitaban la casa el tratamiento debido; y así, cuando alguna dama amiga venía en ausencia de la dueña, la doméstica, záfia y olvidadiza, decía:

—Señora, aquí ha estado la Fulana.

—Doña Fulana, mujer, la repetía incensantemente su ama.

Prometió, después de mil advertencias, corregirse de tan lamentables equivocaciones, y el mismo día mandó á su señora que se acercase al teatro más próximo para ver qué función anunciaban los carteles.

Casualmente la función de aquella noche era *El terremoto de la Martinica*, y la criada, recordando la lección, volvió diciendo muy satisfecha:

—Señorita, esta noche hacen *El terremoto de doña Martinica*.

Tanto peca lo más, como lo menos.

¿Conque el *roble* no gustó
á pesar de hacerle Vico?
Ya lo presumía yo,
con este frío se heló,
aunque no era un *roble* chico.

Sinfonía de una comedia que no tiene música.
La obra del Sr. Rubí se llama *El nuevo sí de las niñas*. (Primer compás.)

La comedia del Sr. Rubí no tiene nada que ver, á pesar de su título con la obra del inmortal Moratin. (Segundo compás.)

Pero, señores gacetilleros, ¿á quién cuentan ustedes todo eso?

El público aplaudirá la obra si le gusta, parezca-se ó no á la otra.

De modo que huelga la oficiosidad.

Ha llamado la atención de muchas personas el hecho de haberse estrenado por la tarde la comedia de magia *La cola del gato*.

A nosotros no nos ha extrañado.

Ya se sabe que los gatos se recogen muy temprano y no pueden traspasar.

Esta semana es la semana de los estrenos.

En la Zarzuela estreno.

En la Comedia idem.

En Apolo idem.

En Lara idem.

En Eslava idem.

En Martin idem y hasta en Madrid lo mismo.

Nuestros autores son tan fecundos
que hacen las obras casi á docenas;
muchas son malas, pocas son buenas,
pero los nombres son furibundos.

La polémica entre un célebre crítico y un corresponsal parisiense sobre si es perjudicial ó no á nuestro teatro la invasión de las obras francesas, ha terminado como siempre, quedándose cada cual con su opinión.

De la discusión brota la luz, según un adagio.
Pero es luz eléctrica que fatiga y ciega.

En el número próximo nos ocuparemos del libro titulado *Dominus Vobiscum*, cuyo autor es el distinguido escritor D. Miguel Casañ.

DICHOS

¿Con qué entusiasmo trabajo!

(TORMO)

Yo les aseguro á VV. que pronto bajará el pan.

(MESRIO.)

El dar un *sí* merece meditarlo mucho.

(T. RODRIGUEZ RUBÍ.)

Con estos fijos hasta los *robles* se hielan.

(UN AUTOR EQUIVOCADO.)

La función trae *cola*.

(M. PINA Y DOMINGUEZ.)

De la noche á la mañana se convierte uno en autor.

(RUESGA Y COMPAÑIA.)

La *pasionaria* es planta muy delicada.

(L. CANO.)

Para ser buen *tambor* hay que tocar todos los *pañillos*.

(J. ROMERA.)

Por la copia,

El jefe de Chorizos y Solacos.

FOTOGRAFÍA

Cuando el público creía
sin damas ya nuestra escena,
aparece esta actriz buena,
que gusta más cada día.
Siga su marcha triunfante,
alcanzando aplauso y fama,
que bien necesita el drama
quien le lleve hacia adelante.

DAGUERRE II.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCION Á LA DEL NÚMERO ANTERIOR

No hay quien le lleve la palma
y á Eduardo Bergez ignale;
su acento del alma sale
y también llega hasta el alma.

MADRID.—Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.